



CAPITULO XII

(1821)

Primeras artificiosas operaciones de Itúrbide por el rumbo del Sur.— Su correspondencia con Guerrero.—Ventajas conseguidas por el teniente coronel Verdejo.—Reconciliación de los dichos Guerrero é Itúrbide.—Perfidia de este último y proclamación del plan de Iguala.—Formación de un ejército á las órdenes del general Liñán.—Salida de la vanguardia realista mandada por el coronel Márquez Donallo hacia la hacienda de San Gabriel y retirada de los iturbidistas.—Razones por que no avanzó la división de Liñán contra el enemigo.—Movimientos en la capital contra la autoridad del virrey.—Fuerzas de Itúrbide cuando dió el grito de rebelión.—Maniobras de éste para apoderarse de la plaza de Acapulco.—Llegada á este puerto de las fragatas *Prueba* y *Venganza*.—Arresto del disidente Cavalery y su evasión.—Crítica posición de Itúrbide en el principio de su sedición.—Acciones favorables á los realistas.—Bizarria del coronel Hevia.—Progresos de los independentes.—Bravo, Herrera, Osorno, Santana, Victoria y otros caudillos.—Bustamante, Cortázar y Filisola desertan, con sus tropas, á las filas rebeldes.—Destreza de Itúrbide para hacer su revolución.—Causas que embotaron el valor y decisión de los realistas.—Choques parciales gloriosos á las armas del Rey.—*Novoa*, *Hevia*.—Muerte de este último.—Defección de Quintanar.—Debilidad de *Horbegoso*.—Acción de *Tetecala*.—Expedición de Márquez Donallo á Acapulco.—Desgracias de los realistas en San Luis de la Paz, Querétaro y San Juan del Río.—Sus triunfos en Veracruz, Arroyo Hondo y hacienda de la Huerta.—Nuevos reveses de los realistas por todas partes.—Brillante defensa de la guarnición de Durango.—Cruz, *Negrete*, *Zamora*, *Ruiz*.—Rasgos particulares de heroísmo.—Apurada situación de los negocios.—Violenta deposición del conde del Venadito.—Reflexiones políticas.—Nombramiento del general *Novella*,

en reemplazo del legítimo virrey.—Infructuosos esfuerzos de aquél.—Llegada del general O Donojú.—Tratado de Córdoba.—Batalla de Etzcapuzalco.—O Donojú, reconocido jefe principal de las tropas realistas, y vocal de la Junta insurgente.—Entrada de los independientes en la capital de México.—Entereza del general Dávila.—Honrosa capitulación de todas las tropas europeas.—Su acantonamiento y medidas para embarcarse.

Se hallaba Itúrbide maniobrando á principios de este año por el rumbo del Sur, más bien con la intriga y con la falsedad que con la nobleza de sus armas. Ya desde fines del anterior había emprendido sus operaciones contra Guerrero; pero, lejos de darle el golpe que quería precediese á su reconciliación, habían sufrido sus tropas algunos reveses parciales; y como llegase á conocer que este enemigo era más terrible de lo que se había figurado, trató de hacer sus primeras aberturas pacíficas, que allanasen el camino á su traición. Para llegar á este fin era preciso valerse de mil fingidos rodeos, y se necesitaba una extraordinaria travesura para no estrellarse en alguno de sus escollos.

Es innegable que su plan fué, desde el principio, la independencia á su modo; pero no podía desenvolverlo francamente hasta que hubiera conciliado el partido de los insurgentes antiguos y tranquilizado el ánimo de las autoridades realistas, y aun de las mismas tropas que tenía á sus órdenes inmediatas. Principió en 10 de Enero su correspondencia con Guerrero desde Cualotitlan, exhortándole á unirse á su partido, con la seguridad de que los diputados mexicanos, que ya habían salido para el Congreso de la Península, habían de trabajar por la felicidad de aquel país, estableciendo una perfecta igualdad entre los hijos de ambos continentes, y aun le indicaba que tal vez pasaría á Nueva España nuestro amado Soberrano, ó alguno de sus augustos hermanos.

A fin de inspirarle mayor confianza, le hacía saber que ya los principales caudillos de la insurrección, que se ha-

habían presos, D. Ignacio Rayón, D. Sixto Verduco, don Nicolás Bravo y otros, habían sido puestos en libertad, en prueba de la liberalidad de sentimientos de que abundaban todas las autoridades realistas. Le invitaba asimismo á que le enviase un comisionado de toda su confianza para declararle libremente sus ideas, que daba á entender eran conformes á las de dicho Guerrero, si bien se notaba todavía alguna diferencia en los medios de la ejecución.

Lo que no dejará de parecer extraño en este primer despacho fué la amenaza que le hizo de tener tropas suficientes para imponer á los insurgentes y la facilidad de recibir de la capital cuantas pidiese y pudiese necesitar, anunciándole al mismo tiempo la marcha por Tlacotepec de una fuerte sección al mando del teniente coronel don Francisco Antonio Verdejo, y su salida con otra por el camino de Teloloapan, si bien añadía que el citado Verdejo estaba prevenido de suspender las hostilidades hasta que se hubiera recibido su resolución.

Se pierde la imaginación en hacer cálculos sobre el giro que dió Itúrbide á estas primeras comunicaciones: quien hubiera de formar un juicio sobre las ideas de este revolucionario por el citado oficio, creería que estaba aquél bien distante de abrigar ideas de independencia; y no se sabría cómo descifrar este misterio, sino considerándole empeñado en humillar á los antiguos insurgentes para que bajo ningún aspecto pudiera serle disputado el mando sobre ellos.

Quería, pues, que dichas partidas se acogiesen bajo su protección después de haberlas reducido á un estado de impotencia, ó convencido de la inutilidad de sus esfuerzos para resistirle. Esta es la causa por que asumió aquel ambicioso caudillo un tono de arrogancia y sólida fuerza, y el carácter de un generoso bienhechor que iba á rescatarlos de la esclavitud, de la miseria, de la ruina y de la desesperación.

No fué feliz Itúrbide en esta primera travesura de su

ingenio. Guerrero respondió con fecha de 20 del mismo mes desde el Rincón de Santo Domingo con tanta entereza y dignidad que le habría hecho altamente recomendable si hubiera sostenido una causa más noble; desechó con indignación toda propuesta que no llevase por base la independencia absoluta del país; despreció todo el aparato imponente de sus fuerzas, y se valió de argumentos tan convincentes y persuasivos en su viciosa clase, que ya no le quedó más arbitrio á Itúrbide que el de descubrir sus ocultos proyectos sin conseguir su preliminar intento, que era el abatimiento de los que temía pudieran ser un día sus más furiosos rivales.

El teniente coronel D. Francisco Antonio Verdejo, que estaba bien ajeno de pensar en la perfidia que ya á este tiempo estaba fraguando su jefe, seguía su marcha para Chilpancingo, cuando supo que estaba interceptado por los insurgentes el camino de la hacienda de Chichihualco. Como todo el afán de este bizarro oficial se dirigía á la destrucción de las gavillas, trató de venir á las manos con ellas sin esperar las órdenes de su superior, proponiéndose asimismo el objeto de salvar la guarnición que se hallaba en el referido punto de Chichihualco.

Cuando llegó á él la citada columna, que fué á las doce de la noche del 26 de Enero, se habían fugado ya los rebeldes con dirección á Jaliaca, llevándose una porción considerable de ganado, maíz y otros efectos robados: después de haber dado Verdejo un corto descanso á su tropa, salió en persecución de dichas gavillas, con las que empezó ya á tirotearse á un cuarto de legua, y continuó su marcha hasta el sitio de la Cueva del Diablo, en donde encontró al grueso de ellas.

Era esta posición ventajosísima por su elevación, por sus formidables trincheras y por la escabrosidad de los caminos que conducían á ella; mas nada era capaz de retraer al esforzado comandante realista de su decidida resolución de dar un día de gloria á las armas españolas. Conociendo que un ataque brusco dado de frente, aun-

que produjese felices resultados, había de ser comprado con la preciosa sangre de aquellos valientes, trató de suplir con los ardidés de la guerra los recursos de la fuerza.

Emprendiendo una falsa retirada con la idea de que se arrojasen sobre él aquellas orgullosas masas que no bajaban de 700 hombres capitaneados por el mismo Guerrero, vió enteramente cumplidos sus deseos de un modo que superó todavía sus esperanzas, pues que saliendo de dicha posición los insurgentes con increíble ardor y ferocidad, hubo de recurrir á la bayoneta para contener sus furiosas cargas.

El choque fué sangriento por ambas partes; cuatro veces fueron atacados los realistas al arma blanca; duró el vivo fuego desde las siete de la mañana hasta la misma hora de la noche; las tropas de Verdejo consumieron todas sus municiones y sufrieron la pérdida de 15 muertos y 36 heridos; pero la de los facciosos fué incomparablemente mayor, habiéndose contado 40 de los primeros en el campo de batalla y un número proporcionado de los segundos, que algunos hicieron subir hasta 100. El campo, sin embargo, quedó por los realistas, sin que de su inmenso botín hubieran podido salvar los rebeldes sino sus caballos.

Estos esfuerzos, sin embargo, no podían producir efecto alguno cuando ya estaba tan próximo el momento en que su jefe principal diese el grito de la rebelión. Tal vez ni aun esta gloria habrían tenido las armas españolas si Itúrbide hubiera recibido oportunamente la carta de Guerrero, de que se ha hecho mención; pero como hubiera sufrido algún tropiezo y mayor tardanza de la necesaria para llegar á sus manos, no tuvo tiempo para evitar aquel golpe. Así se lo manifestó este desleal en los nuevos despachos que dirigió al expresado Guerrero con fecha de 4 de Febrero, en los que desenvolvía con más claridad sus planes de avenirse con las ideas de aquel insurgente, á quien invitaba para una entrevista á fin de ponerse de acuerdo y establecer el modo de asegurar la indepen-

dencia del país. Continuando Itúrbide en su carrera de falsedad y engaño, participó á dicho Guerrero los planes que luego fueron conocidos con el nombre de Iguala, y llegó á convencerle de la necesidad de que sirvieran de base para sus operaciones, pues que no de otro modo podía contarse con la adhesión de los varios partidos en que estaba entonces dividido el reino.

No ocultándose al citado Guerrero la necesidad de contemporizar con el partido europeo, que era numeroso, reconoció la fuerza de las razones del nuevo campeón rebelde sobre llamar un individuo de la casa reinante de España para gobernar independientemente aquel Estado con las formas constitucionales, si bien ni uno ni otro creían que aquella idea se llegase á verificar, ni pensaban de modo alguno en apoyarla sino el tiempo necesario para conseguir su objeto favorito de la emancipación.

Vencidas ya por Itúrbide todas las dificultades para su reconciliación con Guerrero, trató de asegurarse de la aprobación y obediencia de las tropas realistas que tenía á sus órdenes, y lo consiguió en gran parte con su acostumbrada astucia y refinada hipocresía. Al darles conocimiento de los planes que iba á proclamar, se esmeró en probarles que nadie le aventajaba en verdadero amor al Rey y á la nación española, y pretendía demostrar que de cuantos servicios había prestado hasta entonces á la monarquía, ninguno tenía un mérito tan relevante como el que iba á contraer con el mencionado motivo.

Sus planes, daba á entender, realizarían una perfecta fusión de partidos y unirían sólidamente europeos y americanos; harían desaparecer para siempre el espíritu de sedición; y dejarían vinculada la corona de México en la familia reinante de España. Los hijos de uno y otro hemisferio serían considerados bajo el más riguroso pie de igualdad; ambos Estados estrechamente unidos presentarían una fuerza que impondría á todas las naciones del globo; con la total cesación de la guerra se levantaría muy pronto México de su estado de abatimiento y mise-

ria, y con el apoyo de nuevas leyes, adecuadas á las necesidades de los tiempos, volvería á su antigua opulencia y á formar un brillante imperio que excitaria la admiración universal.

Estos capciosos discursos no dejaron de hacer impresión en el ánimo de sus tropas, si bien una parte de ellas, al ver la franca comunicaci6n que tenia con los insurgentes de Guerrero, desconfió de las halagüeñas promesas de su jefe, y se entregó á la deserti6n. Itúrbide tenia en el entretanto adormecido al virrey con la falsedad de sus despachos. Seis días antes de dar el grito de insurrección en Iguala le habia escrito que ya Guerrero se habia puesto á sus órdenes con 1.200 hombres bajo las bases de una perfecta sumisi6n, sin más diferencia que la de haber solicitado no se le considerase como indultado y sí como adherido á la causa que defendía dicho jefe.

Añadia Itúrbide que recibiria muy pronto igual sumisi6n de parte de las gavillas de Asensio, Montes de Oca, Guzmán y demás que se hallaban situadas desde Mazatlan á Colima bajo la direcci6n de dicho Guerrero, cuya fuerza se regulaba en 3.500 hombres; y pedía para estos jefes una ocupaci6n honrosa que les asegurase cómodamente su subsistencia; pero bien se dejó de ver por el mismo curso de los sucesos que estas comunicaciones al virrey no eran más que artificiosos amaños forjados con la idea de ganar el tiempo que todavía necesitaba para quitarse totalmente la máscara.

Cuando ya creyó hallarse suficientemente apoyado por sus mismas fuerzas y por las de Guerrero, y que la opini6n estaba dispuesta á recibir la nueva forma de gobierno, dió el grito en Iguala en 24 del mismo mes de Febrero, de cuyo pueblo tomó su nombre el plan, que se juró en el acto y que formó la base de aquella revoluci6n (1).

(1) Las bases de dicho plan eran la emancipaci6n de la Metrópoli, el establecimiento de una monarquía moderada, que debería principiar en nuestro augusto Soberano, y, en su defecto, en los serenísimos señores infantes, por el orden de su nacimiento; la creaci6n de una Jun-

Apenas tuvo noticia el citado virrey de tamaña traición, dió una enérgica proclama para embotar los tiros de la seducción de aquel pérfido confidente; y el Ayuntamiento de la capital dirigió con igual presteza una elocuente y animada representación consignando en ella los sentimientos de la más acendrada lealtad. La primera y la más importante providencia dictada por dicho virrey fué la formación de un ejército denominado del Sur para salir contra aquel nuevo insurgente.

El honor de este mando fué conferido al general don Pascual Liñán, que tantas pruebas tenía dadas de fidelidad y decisión. Mientras que se ocupaba con infatigable celo en el arreglo del ejército, trataba con dicho Itúrbide haciendo los posibles esfuerzos para distraerle de su desleal carrera por todos los medios de la dulzura, de la persuasión y del halago.

Este hombre ambicioso trabajaba por su parte con igual ardor en dar vigor á su ilegítimo empeño: por todos los caminos se cruzaban los correos que conducían su sediciosa correspondencia; no hubo cuerpo al que no tratase de seducir con el sutil veneno de los citados planes; todas las partidas insurgentes se pusieron en movimiento

ta gubernativa, hasta la reunión de públicos representantes; el respeto de la propiedad; la conservación de todos los empleos civiles, militares y eclesiásticos; la formación de un ejército con la denominación de Trigarante, ó de las tres garantías, cuales eran *la conservación de la religión católica apostólica romana, la independencia bajo las bases enunciadas y la íntima unión entre americanos y europeos*. Los demás artículos de dicho plan comprendían la parte de arreglo y ejecución como emanaciones de aquellos principios. La Junta gubernativa designada por dicho Itúrbide no fué del agrado de los independientes, y lo habría sido mucho menos de una porción de beneméritos realistas, á quienes la sola proposición les hubiera excitado toda la irritabilidad de su carácter, y, por lo tanto, no llegó á plantearse; debía componerse, según la lista de Itúrbide, del conde del Venadito, como presidente; del regente Bataller, como vicepresidente, y de los vocales Alcocer, conde de la Cortina, Lobo, Monteagudo, Yáñez, don José María Fagoaga, Espinosa, Azcárate y Pereda; y como suplentes, Sánchez de Tagle, Osés, Morales y Aguirrevengoa.

para secundarlos. Los enemigos de la Metrópoli que habían permanecido ocultos hasta entonces, asomaron la cabeza y se convirtieron en tantos falsos apóstoles de aquellas perversas doctrinas. El fuego corría violentamente y amenazaba un incendio general. Abundaban en la capital los comisionados, confidentes y partidarios de Itúrbide; y los había también cerca del mismo gobierno, los que al favor de su hipocresía y refinado disimulo contribuían á estremecer el edificio realista, y tenían una parte no pequeña en la paralización de las sabias medidas proyectadas por el virrey.

La situación de este digno general era la más apurada; no podía tener confianza ni aun en aquellas personas que más la habían merecido hasta entonces: unos por odio á la constitución, y otros por amor á gobernarse por sí mismos y vincular en sus manos los principales destinos, estaban más ó menos complicados en aquellos peligrosos movimientos. La prueba de que había al lado del virrey enemigos encubiertos, la suministraron los mismos insurgentes con las anticipadas noticias que recibían de muchas de las órdenes que emanaban del gobierno superior; y no lo indicaba menos la facilidad con que eran atravesadas las benéficas miras y las disposiciones de dicho virrey.

No se ocultaban tales maniobras á la penetración de este noble español, y por lo tanto despachaba por sí mismo los negocios más delicados é importantes; pero como estaba viciada una parte de los órganos por los que le eran transmitidas las noticias del estado del país, no era extraño que hubiesen llegado en algunos momentos á ofuscarle, ó á lo menos á hacerle dudar de la verdad de los hechos.

Desde los primeros momentos de haber declarado Itúrbide su traición, hizo avanzar una sección de sus tropas sobre la hacienda de San Gabriel, distante nueve leguas de Cuernavaca, á observar los movimientos que hicieran las tropas de la capital, y á ponerse de acuerdo con el subdelegado de aquel pueblo, el español D. Miguel Cava

leri, á cuya travesura y espíritu revolucionario se debieron en gran parte los progresos de los trigarantes.

Parecía que la medida más oportuna en tan críticas circunstancias habría sido la de presentar prontamente respetables fuerzas al frente de Itúrbide antes que éste hubiera tenido lugar de engrosarse: así lo creía el previsor virrey, y aunque solamente habían podido reunirse 2.600 hombres disponibles, tuvo Liñán la orden de salir con ellos en los primeros días de Marzo hacia el rumbo del Sur.

Obedeciendo fielmente este general las órdenes superiores, se situó en la hacienda de San Antonio, distante tres leguas de la capital, y envió su vanguardia al mando del coronel Márquez Donallo á la villa de Cuernavaca, de la que tomó posesión el día 8; y recibida á los pocos días la noticia de haberse retirado el enemigo de dicha hacienda de San Gabriel, que distaba otras nueve leguas, se adelantaron á aquel punto las tropas realistas, extendiéndose hasta el Real de Tasco, desde cuyo punto hubieron de retroceder por órdenes procedentes de la capital.

Fué sentida generalmente esta retirada en unos momentos en que con menores esfuerzos era más fácil conseguir un triunfo absoluto: de aquí se tomaron varios motivos para censurar las operaciones del virrey, unos por exceso de celo, y los más porque conocían de cuánta utilidad había de ser el desconcepción del primer jefe del reino para que prosperase el partido de la independencia. Este digno general tenía al parecer razones muy poderosas para haber mandado la retirada de dichas tropas.

La capital ardía en el fuego de la sedición; las tropas que la guarnecían no eran suficientes para haber contenido su explosión; si las tropas de vanguardia sufrían algún revés, podía éste precipitar la ruina del Estado. No se atrevió por esta misma razón á mandar al general Liñán la continuación de su marcha con toda la división, porque en tal caso habría quedado todavía más desguarnecida

dicha capital, y doblemente expuesta á ser envuelta por algún golpe de mano de los rebeldes.

El ánimo de dicho virrey estaba devorado por las más terribles angustias: conocía más que nadie la necesidad de mover sus tropas contra Itúrbide; pero no se atrevía á alejarlas de su lado por los expresados motivos. Todo su afán se dirigió entonces á hacer venir á marchas dobles nuevos cuerpos europeos á la capital, como lo verificaron, entre otros, el batallón de Castilla en 16 de Marzo desde las villas de Córdoba y Orizaba, y el del infante D. Carlos al día siguiente desde el Saltillo.

Quando ya dicho virrey hubo reunido mayor número de tropas para guarnecer la capital sin necesidad de la división que mandaba Liñán, había adquirido Itúrbide mayor preponderancia y orgullo con algunos batallones que se le habían agregado, y no era prudente exponer dicha división á los azares de la guerra, porque su derrota, si la suerte le hubiera preparado aquella fatalidad, habría producido el pronunciamiento de todos los que se retraían de declarar su adhesión á los trigarantes, por no hallar todavía bastante estables los fundamentos de aquella causa.

He aquí otra de las razones por que no llegó á verificarse la activa persecución de Itúrbide por las tropas de Liñán. Perdidos ya los primeros momentos, era preciso arriesgar una batalla general, y tales eran los planes del virrey Apodaca, resuelto á hacer los últimos esfuerzos de su valor y entereza, antes que dejarse arrebatado de la mano aquellos dominios, cuando ocurrió uno de los lances más terribles, cuyo odioso principio sólo imperiosas circunstancias, los apuros del Estado, la desconfianza y el desaliento de los buenos, la altanería de los contrarios y, en fin, la inminente ruina del gobierno, ó faltas muy graves, han podido hacer disimulable alguna vez, si bien ha sido reprobado constantemente por las leyes, y afeado por nosotros siempre que hemos tenido que tratar de esta clase de sucesos: hablamos de la insubordina-

ción y rebeldía contra la primera autoridad, de la que hemos visto, por desgracia, repetidos ejemplos en la moderna revolución de América; pero antes de dar cuenta de este ruidoso suceso, pasaremos á recorrer las operaciones de las varias columnas realistas que se hallaban de guarnición en las provincias.

Cuando Itúrbide dió el grito de independencia en Iguala contaba con el apoyo de seis compañías del regimiento de Murcia, y 200 hombres del de Fernando VII, ambos expedicionarios; con el de la Corona, y el batallón de Santo Domingo infantería de línea, con la compañía fija de la costa de Acapulco, con los regimientos provinciales de Celaya, Tresvillas y batallón del Sur, con dos compañías de dragones del Rey, otra de los titulados de España, dos escuadrones del Sur y otro de Epitacio Sánchez, con varias compañías sueltas de realistas urbanos, y finalmente, con las dos gruesas divisiones de los rebeldes Pedro Asensio y Guerrero, que componían en todo una fuerza de 6.000 hombres. Para inspirar á este último la debida confianza, y á fin de comprometerlo más fuertemente en su partido, le confió los caudales tomados á los manilos, con orden de que los condujese al cerro de Barrabás, en donde debería formar respetables fortificaciones que lo pusieran al abrigo de toda sorpresa.

Uno de los primeros cuidados del citado Itúrbide había sido el de apoderarse de la plaza de Acapulco, á fin de tener abiertas por mar sus comunicaciones con otros puntos rebeldes de la costa. Había hecho salir con esta mira ya desde el día 20 de Febrero la escasa guarnición con su gobernador D. Nicolás Basilio de la Gándara, y la había reemplazado con 174 hombres del regimiento de la Corona, mandados por el capitán D. Vicente Enderica, en quien depositaba aquel revolucionario toda su confianza. Correspondió éste con efecto á las esperanzas que de él se habían concebido, influyendo en el Ayuntamiento para que fuera reconocido el sistema proclamado por Itúrbide, y que fué comunicado á dicho pueblo en el día 27.

No había muchas horas que tremolaba el pabellón trigarante cuando fondearon en aquel puerto las dos fragatas de guerra *Prueba* y *Venganza*, al mando de los capitanes Villegas y Soroa. Los buenos realistas que habían sido sobrecogidos en el mismo día por los despachos de Itúrbide, y por la temible influencia de su nuevo gobernador, respiraron al ver por un medio tan inesperado el necesario auxilio para sostener la autoridad real. El teniente coronel D. Francisco Rionda, que se hallaba con alguna fuerza en el punto de Ayutla, fué informado por su hermano D. Ramón, contador de las Cajas del referido pueblo de Acapulco, de la variación que se acababa de hacer en el Gobierno, y trató de acudir á derrocar la facción rebelde.

Acapulco se sostenía en el entretanto en la mayor incertidumbre y vacilación; volvió el antiguo gobernador Gándara, seducido por Itúrbide, para asegurar el nuevo dominio; el Ayuntamiento no se adhirió á sus planes; los rebeldes no se atrevían á hacer uso de la fuerza ni de la violencia por hallarse con muy pocas tropas para resistir la temida expedición de Rionda desde Ayutla, de acuerdo con los marinos. Llevada ésta, finalmente, á efecto en la tarde del 15 de Marzo, fué restablecido en todo su esplendor el Gobierno del Rey.

No tenía Itúrbide conocimiento del estado de los negocios por esta parte; deseaba, por lo tanto, hacer los mayores esfuerzos para conservar sumisa á su voluntad aquella población; pero como se hallase entonces en la incapacidad de dividir sus tropas por el temor de que se aumentase la desertión, comisionó á su amigo y confidente, D. Miguel Cavaleri, para que, con letra abierta por 40.000 duros, ó por sumas mayores si las necesitaba, supliese la falta de la cooperación armada. Cuando salió Cavaleri del cuartel general de Itúrbide, se creía que Enderica estaría mandando dicha plaza á nombre de los trigarantes, y que, por lo tanto, llegaría sin obstáculo á aquel punto para ejercer libremente en él sus intrigantes

manejos, que debían ser extensivos á las mismas fragatas.

Cavaleri había servido antiguamente en la Marina española, tenía muchas relaciones con los individuos de aquel Cuerpo, poseía un gran fondo de astucia y travesura, le asistía una afluente verbosidad, abundaba en destreza para granjearse la voluntad y confianza, y era, finalmente, el hombre más á propósito para conducir planes revolucionarios. Caminaba muy desprevenido, figurándose que hallaría el camino sembrado de rosas, cuando cayó en poder de las tropas realistas, que en aquel corto intervalo que había mediado desde que él emprendió la marcha, habían derribado la divisa trigarante. Era demasiado conocido este sujeto para que no se gozasen aquellas fieles autoridades con tan rica presa.

Después de haber dado parte al virrey de este feliz encuentro, se dispuso tener bien asegurado dicho individuo hasta que la autoridad superior determinase el destino que debía dársele. Se creyó que en el entretanto se hallaría más bien custodiado á bordo de una de las fragatas, cuyos buques eran considerados como barreras inexpugnables del honor y de la fidelidad.

Empero esta creencia lisonjera fué muy fatal á la buena causa. Desde el momento en que Cavaleri puso el pie en dichos buques, se dedicó á corromper á los oficiales y tripulación con sus venenosas máximas y doctrinas: se dirigió su principal empeño á convencer á sus capitanes Villegas y Soroa de lo irremediable de su ruina si no se amoldaban á las circunstancias; les hizo ofertas las más lisonjeras y pomposas, precedidas por la del pronto desembolso del valor de dichos buques; y no perdonó medio alguno para atraerlos á su partido.

Villegas, sin embargo, ó creyó que era muy efímera la revolución principiada por Itúrbide, ó no estaba dispuesto todavía á hacer traición á su honor y á su carrera; y rechazó por lo tanto las proposiciones de Cavaleri, si bien le facilitó la fuga en una lancha que lo condujo á un

punto de la playa, libre de la influencia realista, desde donde volvió dicho Cavaleri á reunirse con su protector. La causa de éste no se presentaba al principio bajo el halagüeño aspecto que él se había prometido: había principiado á desertarse una parte de las tropas seducidas por la perfidia y por la intriga; el teniente coronel don Tomás Cajigal había abandonado las banderas de aquel rebelde con 200 hombres, y se había puesto á las órdenes del coronel Donallo, comandante de la vanguardia, en el día 10 del mismo Marzo.

El bizarro D. Manuel de la Concha, comandante general de los llanos de Apan, entró el 21 en el pueblo de Hauachinango después de haber ahuyentado las partidas que ocupaban aquella posición, en la que halló un obús, cinco cañones y porción considerable de armas que lo precipitado de su retirada no les había permitido transportar. A beneficio de un destacamento de dragones que salió en persecución de los prófugos, se logró la presentación de 40 de éstos, y sucesivamente la de otros 100, incluso cuatro capitanes, tres tenientes y cuatro alféreces con otra porción de armas; de modo que ya en el día 24 contaba Concha con cuatro obuses, ocho cañones, 180 fusiles y 20 cajones de municiones; todo de pertenencia de los disidentes.

El ya mencionado coronel Donallo, á quien se le había dado la comisión de hacer una correría sobre Acapulco á fin de dar mayor solidez al dominio del Rey en aquel país, se dirigió á sorprender al cabecilla Pedro Asensio, que había tomado posición con su gavilla en el Real de Zacualpan. Habiendo llegado el 10 de Abril á la hacienda Nueva, supo que dicho Asensio había salido dos días antes hacia Sultepec para avistarse con el padre Izquierdo dirigiendo una partida á la hacienda del Lavadero, cerca de Toluca, otra al rumbo de Teloapan, y dejando la tercera en el pueblo de Sosocola, inmediato á Zacualpan.

Noticioso asimismo de la aproximación de una avan-

zada salida de este último punto, se dedicó á sorprenderla con los dragones del Rey, que tenía á su lado; y lo logró con tanta felicidad, que á los pocos minutos se hallaban ya mordiendo el polvo siete de aquellos facciosos, y en su poder otros seis, todos heridos, así como ocho fusiles, ocho caballos y varios efectos de guerra.

El teniente coronel D. Jorge Henríquez, encargado por el comandante general de Toluca, coronel D. Nicolás Gutiérrez, de perseguir al sedicioso Inclán, logró sorprenderlo á las tres de la mañana del 16 de Abril en la hacienda de la Gavia, habiendo sido el resultado de tan bien concertado movimiento y de la bizarría de sus tropas la aprehensión de dicho caudillo, la del teniente Ballesteros y la del alférez Heras, con 34 soldados, 36 carabinas, 17 machetes, 50 caballos y algunas provisiones de guerra y boca.

El valiente coronel D. Francisco Hevia, á cuya salida de las villas de Orizaba y Córdoba para México, por llamamiento del virrey en los primeros momentos de alarma, se habían sublevado aquellos territorios, hubo de volver de nuevo á reponer la autoridad Real en todo su esplendor, y lo consiguió en parte, cubriéndose primeramente de gloria en los días 23 y 24 del mismo mes de Abril, en que rechazó á las gavillas de Herrera, Bravo, Osorno y otros cabecillas que se habían aproximado á Tepeaca, causádoles la pérdida de 50 muertos y 100 heridos, cuya acción fué altamente recomendable y excitó doble entusiasmo, á causa del espíritu de sedición que había empezado á propagarse por todas partes. Recorriendo este jefe una brillante carrera de triunfos, entró en Orizaba, ahuyentando de aquel pueblo á los disidentes, y se preparó á atacarlos en la de Córdoba, en la que se habían fortificado, con el ánimo de hacer una vigorosa defensa.

Iturbide había tenido que sufrir los mayores contrastes y amarguras en los primeros días de su revolución; pero ya desde el mes de Abril había principiado á mirarle la

fortuna con sonrisa y á pagarle con una prodigalidad superior á sus cálculos la ciega confianza con que se había arrojado á aquella temeraria empresa. Además de las partidas de Herrera, Bravo y Osorno, que habían comenzado á llamar la atención de los realistas por la parte de las villas, se sublevó el entonces capitán del Fijo de Veracruz, D. Antonio López Santa Ana, hoy en día general de aquella república, y puso sobre las armas á los *jibaros*, ó gente de color de la costa, con los que, y con una parte de la columna de granaderos provinciales y dragones de España, salió á dar el grito de independencia al rancho de las Vigas, situado en la montaña llamada Cofre de Perote, á seis leguas de Jalapa, desde cuyo punto intentó sorprender, pero infructuosamente, el castillo llamado también de Perote. Hacia el mismo tiempo se unieron á Itúrbide el coronel Bustamante y el teniente coronel Cortázar, con la respetable división que mandaban, en el bajío de Guanajuato, compuesta de 2.000 dragones provinciales, los más bizarros de Nueva España, y de alguna infantería, después de haber hecho prisionero al comandante general de la provincia, D. Antonio Linares.

En la provincia de San Luis de Potosí se insurreccionaron varias compañías de caballería é infantería del valle del Maíz, San Francisco y Rioverde, á las órdenes del teniente coronel Tobar y capitán D. Cenón Fernández. Un escuadrón de dragones de Sierragorda abandonó asimismo el destacamento de San Luis de la Paz, del distrito de la comandancia general de Querétaro, y se pasó á los disidentes. Fué seguido este fatal ejemplo por otros varios piquetes y compañías enteras de infantería y caballería en la provincia de Valladolid, á las órdenes de los tenientes coroneles Parres y Barragán.

El enemigo se había reforzado asimismo con 1.000 hombres, que le entregó el capitán D. José Herrera, entre granaderos provinciales y otras partidas sueltas. Otro de sus grandes apoyos fué el teniente coronel Filisola, quien, deponiendo á su coronel, D. Pío María Ruiz, y colocán-

dose á la cabeza de la división de Zitácuaro, compuesta de 2.000 soldados, constituidos en el mejor estado de armamento y disciplina, pasó á ofrecer al nuevo revolucionario el homenaje de su rebeldía y traición.

Los efectos de la revolución fraguada por Itúrbide eran tan diferentes de los de la primera como lo habían sido, al parecer, los planes y la divisa de ambos partidos. Los antiguos insurgentes habían hecho una guerra cruel á todos los europeos, y aun á los americanos realistas, si poseían haciendas y riquezas con las que pudiera cebarse el espíritu de rapacidad que los dirigia. Itúrbide, por el contrario, respetaba la propiedad, enfrenaba la plebe y protegía á los hombres acaudalados é influyentes, cualesquiera que fueran sus opiniones.

Conociendo que el partido europeo era el solo capaz de marchitar sus aciagos laureles, si con su imprudente conducta llegaba á irritarlo, empleó en su vez todos los recursos de la falsedad é hipocresía para atraerlo á su partido, dándole una decidida preferencia en todos los destinos, y halagándolo con toda clase de lisonjeras promesas y venenosas frases de amistad, consideración y respeto. Si bien este sistema era mirado con desagrado por los antiguos insurgentes, no desistió de él Itúrbide, por hallarse persuadido de que sin la cooperación de los europeos no podía realizar sus planes.

Hubo mil incautos españoles que cayeron en la red que les tendió este astuto insurgente; hubo asimismo varios jefes y oficiales que olvidándose del honor militar y de sus deberes hacia el Soberano y hacia la Nación que les había dado el ser, se dedicaron con el mayor tesón y actividad á levantar el gran edificio imperial, sin calcular que ellos eran unos estúpidos andamios que serían derribados tan pronto como su ídolo hubiera visto consolidada aquella fábrica. Recibían en el entretanto continuas demostraciones de cordialidad y confianza de parte del jefe que necesitaba en estos momentos de sus servicios.

Las noticias de la filantropía y nobleza de sentimientos desplegada por Itúrbide recorrieron rápidamente todos los ángulos del reino de México, y ya no pensaron los realistas en comprometer como en el año de 1810 sus personas é intereses, porque llegaron á persuadirse de que aquel nuevo campeón no desmentiría con su conducta sucesiva el buen cenepto que le habian granjeado sus primeras operaciones en la carrera de su revolución.

Esta fatal creencia determinó á algunos á secundar activamente sus proyectos, enfió el ardor de otros, y enervó aquella gloriosa decisión con que por tantos años habia sido combatido el genio de la insurrección. Los soldados del país, de que se componía la mayor parte del ejército realista, se preparaban á abandonar sus banderas para engrosar las filas del decantado héroe americano, cuya fama habia llegado á conmover la entereza aun de aquellos que más servicios habian prestado á la monarquía.

En medio de la desmoralización general del ejército y del pronunciamiento de muchos pueblos por la independencia, se contaron algunos choques gloriosos á las armas del Rey y rasgos particulares de bizarría y esfuerzo de parte de algunos individuos: tales fueron los del coronel D. José María Novoa, natural de México, quien derrotó en 23 de Mayo en el campo del Tasquillo, sobre el puerto de Ixmiquilpan y camino de Zimapan, á las gavillas del doctor Magos, causándoles la pérdida de 59 muertos, 39 presentados, 14 prisioneros, 63 fusiles y carabinas, seis lanzas, siete machetes, cuatro cajones de municiones, 18 monturas y 28 caballos, habiendo sido el mayor mérito de este empeñado combate la ninguna baja que experimentaron los realistas en medio de tan arrojada empresa.

También el esforzado coronel D. Francisco Hevia, después de haber hecho prodigios de valor, se habia abierto ocho días antes las puertas de la inmortalidad en el asalto que dió por la brecha de la casa *de la Torre* á la villa de Córdoba, ocupada por los facciosos, y si bien su dig-

no sucesor en el mando, el de igual clase D. Blas del Castillo y Luna, sostuvo con empeño el honor de las armas españolas, fué tan notable la ferocidad y despecho de los sitiados, que se vieron precisados los realistas á retirarse á la villa de Orizaba, rechazando con impavidez los furiosos ataques que les dirigió el envalentonado enemigo en su retirada, sin que se hubiera interrumpido la viveza de la persecución hasta las garitas de dicha villa.

Aunque los insurgentes tuvieron la pérdida de 40 muertos y de más de 200 heridos, que fué dos tercios mayor que la de los realistas, la de éstos, sin embargo, se hizo doblemente sensible por la calidad de los sujetos que fueron víctimas de su fidelidad y honor y especialmente por la falta que había de hacer un jefe tan acreditado y de tan distinguidos talentos militares y políticos, para apoyar la vacilante nave del Estado.

Aunque estos empeños guerreros dieron algún lustre al nombre español en aquella aciaga época, no eran suficientes, sin embargo, para hacer cambiar el curso á la adversa fortuna, á pesar de la sana intención del virrey Apodaca, quien no omitió medio alguno de cuantos se ofrecieron á su alcance para contener el furioso torrente de la rebelión. Creyendo que una junta permanente de guerra hallaría mayores recursos para sostener la autoridad Real en tan apurados momentos, la formó de los mariscales de campo D. Pascual Liñán y D. Francisco Novella, subinspector general el primero del reino, y el segundo de artillería, del brigadier Espinosa, del comandante de ingenieros D. Juan Sociat y de D. Antonio Morán, secretario interino del virreinato, para que actuase en ella con el mismo carácter. Se redoblaron desde entonces los preparativos de defensa de la capital, se activó la fortificación de toda la línea, y se tomaron cuantas precauciones dicta el verdadero celo para hacer una resistencia vigorosa.

De día en día se presentaba más crítica la posición de los negocios. El coronel D. Luis Quintanar, comandante

de las tropas que guarnecían la provincia de Valladolid, se había pasado á los enemigos, capitulando con ellos su segundo Cela en 31 de Mayo sin hacer la menor resistencia, si bien aseguró la franca salida para la capital de 600 hombres que se mantuvieron fieles bajo la palabra de no tomar las armas en aquella guerra.

La guarnición de Jalapa, á las órdenes del coronel don Juan de Horbegoso, se había entregado también á los trigarantes en 4 de Junio, sin haber hecho la oposición que estaba en la línea del deber; pero en medio de estos reveses tuvieron algunas ventajas las armas del Rey, las que si bien no pudieron contener el impetuoso torrente de la insurrección, son dignas, sin embargo, de particular mención para que no queden privados de estos honoríficos recuerdos los que tuvieron parte en ellas.

Fué de esta clase la gloriosa acción que dió el capitán D. Cristóbal Huber y Franco en San Francisco Tetecala á las gavillas de Pedro Asensio, que fueron completamente batidas en 3 de Junio, habiendo quedado muerto en el campo de batalla el mismo indomable caudillo. La expedición del coronel Márquez Donallo sobre Acapulco fué asimismo dirigida con inteligencia y acierto; y si bien debió regresar muy pronto á la capital por orden que le comunicó el virrey con fecha de 10 de Junio por haberse agravado el estado de los negocios, dejó por todas partes señales inequívocas de la bizarria de su columna, aunque no se logró el objeto principal de aquel movimiento, que fué el de llevar viveres y fondos á aquella plaza, pues que los primeros se consumieron en el camino y los segundos nunca pudo llegar á reunirlos.

Otro de los triunfos gloriosos conseguidos por las armas del Rey aun en esta época de fatalidad y de desgracia se debió á la guarnición de Querétaro: se hallaba ésta incomunicada desde fines de Mayo y amenazada por todas partes; y aunque se dudaba de la entereza del comandante general, brigadier D. Estanislao Loaces, se conservaba, sin embargo, la mayor decisión en una parte de sus

oficiales y soldados, quienes acreditaron su bizarría y arrojo saliendo 200 infantes y 120 caballos á picar la retaguardia de la división de 3.000 hombres que al mando de Itúrbide cruzaba por los arrabales de dicha ciudad en dirección de la hacienda del *Colorado* sobre el camino real de México.

El comandante del segundo batallón de Zaragoza don Froilán Bocinos, á quien fué encargada la citada comisión, la desempeñó con tanto brillo y felicidad, que alcanzando á dicha retaguardia enemiga en Arroyo Hondo, distante tres cuartos de legua de la ciudad, sostuvo una reñida acción á pesar de estar sus fuerzas en proporción de uno á tres con respecto á las del enemigo, y aunque la pérdida de los realistas fué considerable, no fué menor la de los disidentes.

Los que hostilizaban la plaza de Veracruz lograron, en la noche del 7 de Junio, escalar las murallas contiguas á los baluartes de San José y San Fernando, abandonados momentáneamente, á causa de un furioso chubasco, por la *marinería mercante* que los guarnecía, y apoderarse de la puerta de la Merced, por la que se introdujeron hasta la plaza del mercado; pero pasando del castillo de San Juan de Ulúa 150 hombres á las órdenes del capitán Polledo, tomó nuevo aliento la guarnición realista, la que procediendo al ataque en armonía y perfecta combinación, desalojó al enemigo de la ciudad después de haberle causado una pérdida considerable que se graduó en 200 hombres entre muertos, heridos y prisioneros.

A consecuencia de la toma de Valladolid marchó Fíli-sola con una sección de 1.500 insurgentes sobre Toluca, guarnecida entonces por los batallones del Infante y de Fernando VII, con cuyos cuerpos trabaron los enemigos, reforzados ya en la hacienda de la Huerta con otras tropas hasta el número de 3.000, una empeñada acción en la que brilló del mismo modo que en la de Arroyo Hondo el valor y bizarría de las tropas reales mandadas por el coronel D. Angel Díaz del Castillo.

Aunque las fuerzas de éste eran muy inferiores á las de los disidentes, quedó sin embargo dueño del campo, cubierto de cadáveres. Las provincias internas tanto de Oriente como de Occidente empezaban ya á manifestar los síntomas de la sedición, y se esperaba de un día á otro su definitivo pronunciamiento por la independencia. El fuerte que habían construído los realistas en Teutitlan del Camino, provincia de Oajaca, y que servía de depósito y de apoyo para las expediciones de la Misteca, cayó en poder del enemigo en 18 de Junio, por capitulación con una compañía de la Reina que lo guarnecía.

Se agravaban ya los cuidados del virrey en el mes de Mayo, por lo que mandó que saliesen las tropas que guarnecían la ciudad de San Luis de Potosí en auxilio de Querétaro; y como se notase lentitud en dar ejecución á estas disposiciones, repitió las órdenes más urgentes á principios de Junio para que á todo trance, y aun á costa de perder aquel punto, se llevase á efecto sin la menor tardanza. Dicha guarnición constaba entonces del segundo batallón expedicionario de Zaragoza y de 220 hombres entre cazadores y granaderos del regimiento de Zamora, situado en Durango, que había sido dirigido á San Luis con el indicado objeto. Se hallaba asimismo en esta capital el marqués del Jaral, sujeto el más influyente del reino de México por lo ilustre de su cuna, por la opulencia de su casa, por su sólida opinión y por su acendrada lealtad al Soberano español.

Aunque resentido por haber sido desatendida la oferta que había hecho al principio de la insurrección de Itúrbide, de montar y armar de 4 á 5.000 individuos de sus haciendas para sostener la causa de la legitimidad, no por eso dejó de mostrar menos ardor para secundarla en este momento en que dicho virrey apeló á sus esfuerzos.

El teniente coronel San Julián, que mandaba aquellas fuerzas, así como toda la provincia, se alarmó al recibir los citados premurosos despachos, y comunicó á toda la población sus mismos temores, mandando impolíticamen-

te que las bandas de tambores saliesen por las calles á tocar la generala. Temeroso el vecindario de que á la salida de aquellas tropas pudieran repetirse las trágicas y devastadoras escenas del año 1810, rogaron al benemérito marqués del Jaral con el más vivo encarecimiento no los abandonase en tan críticos momentos.

Por influjo de este ilustre americano se suspendió la salida de las tropas hasta el día siguiente, durante cuyo tiempo se tomaron las medidas más oportunas para que aquéllas no careciesen de los auxilios más necesarios, y asimismo para hacer menos sensible la evacuación. Consolados los habitantes con las generosas ofertas que les había hecho de no abandonarlos, se creyeron seguros de todo desacato y tropelía con su sola presencia.

Se hallaba á aquella sazón el comercio en posesión de 5 á 6 millones de duros que habían llegado en pasta desde las provincias internas y que no habían podido ser transmitidos á la capital á causa de la interceptación de los caminos. La casa del referido marqués era considerada como un sagrado depósito que ninguno de los partidos contendientes dejaría de respetar: todos, pues, trasladaron á ella sus caudales en el silencio de aquella noche, y sin que tuviera conocimiento de esta operación sino un oficial de toda su confianza, juntamente con uno de los sirvientes más experimentados de la casa.

Entre la una y dos del día siguiente emprendió la marcha dicha división, compuesta de los cuerpos ya citados, de un escuadrón de dragones de San Luis y dos piezas de artillería, que ascendería á 700 infantes y 100 caballos disponibles. Dos eran los jefes que se hallaban al frente de estas tropas: el citado San Julián y el coronel D. Rafael Bracho, que ya hemos dicho había venido á aquella ciudad con las compañías de Zamora; y aunque el mando de todas correspondía á este último por ser de mayor graduación, no quiso San Julián desprenderse de él hasta el pueblo de Santa María del Río, que fué el punto de descanso en la segunda jornada.

Los dragones de San Luis se entregaron á una completa deserción á consecuencia de haber sido desechada con desabrimiento su petición acerca de ser pagados sus haberes, sin embargo de haber en la división un fondo sobrante de 65.000 duros. Serían las dos de la tarde del quinto día de marcha cuando llegaron estas tropas á la hacienda de la Saucedá; y al día siguiente se dirigieron con la mayor confianza á San Luis de la Paz, destacando dos leguas antes de llegar á dicho pueblo á un teniente de Zamora para hacer el alojamiento sin más escolta que la de 4 dragones, con la que el mismo comandante San Julián quiso adelantarse; pero no bien se habian alejado pocos pasos de la vista de la división, cuando reconocieron las primeras avanzadas de los independientes.

Informado el coronel Bracho de este inesperado encuentro, formó sus tropas é impartió las órdenes convenientes para el ataque. A poco tiempo se oyeron clarines de la caballería enemiga, y se dejaron ver entre la espesura del bosque algunos oficiales y soldados insurgentes. Rompióse el fuego en el acto; pero habiéndose adelantado un ayudante de Zaragoza á hablar con uno de los jefes enemigos, D. Manuel Tobar, mandó suspender el ataque, y no sin la menor repugnancia cedieron aquellos valientes, desconfiando justamente de la entrevista que proponían á los citados jefes Bracho y San Julián. Verificada ésta con un misterio que estaba muy lejos de tranquilizar los ánimos, se presentó el desleal europeo brigadier Echávarri y se mandó á la división descansar sobre las armas.

Estos primeros emisarios trataron de ganar tiempo para asegurar su triunfo, haciendo ver á los jefes realistas que no teniendo más objeto que el de pasar á Querétaro y á la ciudad de Méjico, era seguro que Itúrbide no se opondría de modo alguno á su marcha, como podría verse enviando un oficial de cada parte á comunicarle aquellas ocurrencias al pueblo de Casas Viejas, situado á 12 leguas de distancia, donde aquél se hallaba.

En el entretanto la división se puso en marcha para San Luis de la Paz, y al concluir el bosque se divisó toda la fuerza enemiga, que sería de unos 200 caballos y 400 infantes con 4 piezas de artillería, y era la misma que había llegado la noche anterior á dicho punto de San Luis. Ambos partidos se alojaron en la referida población separadamente unos de otros: al día siguiente retrocedieron los realistas á la hacienda de San Isidro, que se halla á una legua de distancia; dos días se pasaron sin recibir noticias de los enviados al campo de Itúrbide; el descontento se iba propagando; todos estaban recelosos del resultado de aquellas negociaciones; creció la agitación al ver la tenacidad con que se negaban los jefes á pagar á la tropa sus atrasos.

En este estado de murmullo y desorden amanecieron sitiados al tercer día por una fuerte división de infantería y caballería que habían reunido los insurgentes aprovechándose de los momentos tan preciosos que habían perdido los realistas, quienes si hubieran usado de mayor actividad y energía habrían podido destrozarse completamente las primeras fuerzas que se les opusieron, y sucesivamente cuantos refuerzos hubieran llegado. Se dejaron, pues, perder aquellos jefes tan favorable coyuntura, cuyos resultados podrían haber sido con toda probabilidad la derrota general de los rebeldes, la salvación de Querétaro, la conservación de la columna que se perdió sucesivamente en San Juan del Río, y un triunfo absoluto capaz de haber variado el aspecto de los negocios y de haber cubierto su nombre de gloria.

Por tal descuido sufrieron en su vez el bochorno de rendir las armas, que fué más sensible todavía por el modo altanero con que les fué intimidado por Itúrbide este violento decreto, que si bien ponía en claro su alevosía y perfidia, no descubría menos la imprevisión y falta de cautela de nuestros jefes.

Aunque la situación de los soldados realistas era la más apurada, se llenaron de coraje sin embargo al ver el

modo áspero y orgulloso con que eran tratados por los insurgentes, y resolvieron morir todos con las armas en la mano antes que rendirlas con tanto desdoro. Conociendo aquéllos la imprudencia de sus primeros pasos, variaron prontamente de conducta, y se dedicaron á adularlos con las frases más cordiales y expresivas, á fin de borrar la primera impresión recibida. No fué, pues, el número de 3.000 desleales el que triunfó de aquel puñado de valientes, sino la elocuente persuasión del general Bustamante, que supo desarmarlos con sus dulces promesas y con la falsedad de sus alabanzas y caricias.

Se alucinaron los soldados con tan intrigantes manejos: algunos oficiales conocían el fatal desenlace que iban á tener aquellos sucesos; pero no hallaban medio para reparar su desgracia. Uno de ellos, sin embargo, D. Francisco González, trató todavía de excitar su furor al tiempo que se dirigían á San Luis de la Paz á dejar sus armas; arrodillándose delante de ellos y vendándose los ojos, les dirigió la arenga siguiente:

“Yo no puedo sobrevivir á la mengua de haber sido vencido sin combatir por esta chusma fermentada; asestad contra mí vuestros tiros; la muerte es el don más precioso que pueda yo recibir en este momento; sin honor y sin patria es insoportable la vida; todo mi afán era de perderla peleando á vuestro lado contra los enemigos del Rey; el descuido é impericia por una parte, y el dolo y la perfidia de que somos ahora víctimas por otra, son dos males que no podrán borrarse jamás de mi memoria. Sea yo el blanco de vuestros fuegos; emplead los últimos instantes en que conserváis las armas en vuestras manos para librarne de esta afrenta; bien pronto seréis reducidos á la clase de miserables esclavos, y lloraréis amargamente la precipitación con que os despojáis de esos distintivos, emblemas de tantas victorias.”

Enternecidos los soldados abrazaron á este digno oficial, y le hicieron las más solemnes protestas de admiración y cariño; pero ya era tarde para hacer resistencia, y

por lo tanto se encaminaron á San Luis de la Paz, en cuya población entraron con todos los honores militares y tambor batiente.

Esta malograda división conservó en medio de su desgracia los más ardientes sentimientos de fidelidad y pundonor; muy pocos fueron los que se adhirieron al partido de la independencia; los demás fueron remitidos á San Luis de Potosí en la clase de prisioneros. Todo, pues, quedó en poder de los disidentes: armas, municiones y las cajas de aquellos cuerpos. Un inocente error es á veces causa de los mayores reveses. Con un poco más de actividad en las marchas, y con menos indecisión de parte de los jefes, habría podido tal vez aquella división ser la restauradora del orden y el sostén principal del edificio monárquico. Fué, por lo tanto, este golpe de los más sensibles para los buenos realistas.

El tan esforzado como criminal Echávarri se dirigió desde aquel punto á San Luis de Potosí, amenazó al mismo tiempo á Zacatecas, y aproximó sobre el Saltillo una de sus columnas, la que en combinación con la que mandaba el teniente coronel D. Cenón Fernández, impuso á las provincias internas de Oriente, obligando á capitular en San Antonio de Tula á los restos de una pequeña sección que, á las órdenes del bizarro capitán de caballería D. José de Castro, había salido de observación desde Aguayo, colonia del Nuevo Santander.

Llegan á este tiempo al Saltillo desde Monterrey un batallón del hijo de Veracruz y 150 caballos, con el fin de extraer los caudales existentes en aquellas cajas reales; se insurreccionan dichas tropas y proclaman la independencia.

La pérdida de la división que había salido de San Luis activó el ataque de los rebeldes contra la ciudad de Querétaro, de cuyos arrabales se hallaban ya posesionados desde el día 19 de Junio. Reducida la guarnición á solas cinco compañías del segundo batallón de Zaragoza, se defendió con obstinación de los 1.500 hombres con 2

piezas, de que se componia la fuerza sitiadora bajo la direccion del coronel Quintanar; pero después de haber sufrido cuatro días de un vivo fuego de artilleria y fusileria, destruido el parapeto nombrado de la Academia y asaltado el del Carmen en la tarde del 20, hubo de retirarse la acosada guarnición al convento de la Cruz, en donde desfalleció su ánimo al considerar su crítica posición y la ninguna esperanza de ser socorrida, y capituló, por lo tanto, con todos los honores de la guerra el día 28 con el mismo Itúrbide, que fué quien entró en la ciudad á la cabeza de sus tropas victoriosas. El brigadier Loaces, que al parecer se habia conducido con honor hasta aquel momento, varió de conducta y tomó partido con los disidentes con una parte de la misma tropa capitulada.

Este fué el golpe más terrible para las autoridades superiores. Se estremeció la capital, temieron los buenos, se ensoberbecieron los descontentos, se exaltaron los oficiales más fogosos y se aceleró la erupción del volcán político contra el íntegro y honrado virrey; pero antes de dar cuenta de este suceso acabaremos de pasar la revista sobre todas las provincias para que se vea sin interrupción el fatal desenlace y la casi simultánea cesación del dominio español en los diversos puntos de aquel vasto imperio.

El infatigable virrey, que conocía la importancia de conservar la posesión de Querétaro, habia mandado salir asimismo de Toluca, en auxilio de aquella ciudad, al batallón de Murcia con la fuerza de 300 plazas; y como al llegar á San Juan del Río se hallase con la columna del bizarro coronel Novoa, quien después de su victoria contra el Dr. Magos habia debido replegarse á aquel punto por temor de una gruesa división enemiga, procedente de Valladolid, se disponian los comandantes respectivos á llenar el objeto de su misión cuando supieron la rendición de la columna de Bracho, y la aproximación de los vencedores contra ellos. Jefes y oficiales estaban dispuestos á sellar con su sangre la fidelidad que debían al So-

berano español; mas siendo los enemigos muy superiores en fuerzas, habiéndoseles pasado la mayor parte de su caballería y muchos soldados de infantería, y no llegando á tiempo los socorros prometidos, hubieron de rendir las armas mediante una honrosa capitulación. Fué tanto más sensible este fatal desenlace cuanto parece que si á dichas fuerzas se hubieran unido las de Bracho, usando de mayor celeridad en los movimientos, podían haber llegado á tiempo de salvar la referida ciudad de Querétaro, y de salvarse á sí mismas.

El brigadier Alvarez, coronel del regimiento de la Reina, que había salido de Méjico con una columna de 1.500 hombres en auxilio de las tropas situadas en San Juan del Río, se replegó á la capital luego que supo su rendición; y llevó á sus alcances, hasta las inmediaciones de la misma ciudad, la caballería enemiga sosteniendo algunos choques parciales.

Las tropas de la provincia de Guadalajara se pasaron igualmente á los enemigos con el brigadier Negrete y el coronel Andrade; y el comandante general de esta provincia, D. José de la Cruz, se retiró á Durango, en cuya ciudad, si bien se hizo una heroica defensa, no templó de modo alguno la agitación de los buenos realistas al ver desmoronarse precipitadamente aquel grandioso edificio monárquico, cimentado con su sangre, con sus sudores y con costosos sacrificios de tres siglos.

La defensa que hicieron las tropas que guarnecían la citada ciudad de Durango fué muy recomendable por haber sido en la que más se señaló el altivo carácter español dando un terrible ejemplo de lo que pueden los valientes cuando ven comprometido su pundonor militar. No había esperanza alguna de que aquellos esfuerzos pudieran tener resultados favorables. La mayor parte del reino había sucumbido al irresistible impulso de la opinión extraviada; su guarnición se componía de unos 700 hombres; los sitiadores, dirigidos por el tan activo y esforzado como desleal europeo D. Celestino Negrete, con-

taban con una fuerza seis veces mayor; los dictados de la prudencia clamaban por la pronta rendición y por el ahorro de la inútil sangre que iba á derramarse; pero la bizarría de algunos jefes y oficiales se hizo superior á toda otra consideración que no llevase por base el esplendor de las armas españolas.

Entre éstos se distinguieron los coroneles D. José Ruiz y D. Felipe Zamora y Bueso, quienes se encargaron del mando de las tropas por indisposición del general Cruz y por desaliento y flojedad del mariscal de campo D. Alejo García Conde, que mandaba aquella ciudad, quien abrumado con el peso de una numerosa familia, escaso de medios é inhábil para abandonar el país, suscribió sucesivamente á las ideas de O'Donojú y tomó partido con los insurgentes.

Para la mayor claridad de estos sucesos, los tomaremos desde su origen. El referido coronel Zamora, tan acreditado por su valor como por su fidelidad y amor de gloria, había estado mandando el regimiento provincial de Guadalajara, situado en la villa de Tepatitlan, distante 20 leguas de la citada capital de Nueva Galicia, cuando á las cinco de la tarde del 12 de Mayo se le sublevó la tropa y le amenazó con la muerte si se empeñaba en contrariar su intento, que era el de reunirse con Itúrbide. Zamora se dirigió entonces solo y por caminos extraviados hacia dicha ciudad de Guadalajara á tiempo que su comandante general salía á tener una entrevista con Itúrbide, con la mira ostensible de paralizar sus movimientos.

El general Cruz, á su regreso de aquella infructuosa expedición, se había dedicado á fortificar la plaza y á hacer los más vigorosos preparativos para la defensa: teniendo la mayor confianza en el sobresaliente mérito de Negrete, había mandado que desde la Barca, en donde estaba situado desde fines de Junio, se trasladara al pueblo de San Pedro, distante una legua de dicha capital de Guadalajara; pero no bien había llegado á este punto aquel pérfido europeo, cuando dió el grito de indepen-

dencia, se dirigió á sorprender á su general, quien noticioso de tan inesperado movimiento se retiró al punto fortificado llamado Jalostotitlan, que se hallaban á 19 leguas de distancia.

Apenas llegó á este sitio reunió la división que mandaba el teniente coronel Revuelta, y otras varias partidas sueltas, con las que formó un total de 1.000 caballos é igual número de infantes. Nombrado entonces el citado coronel Zamora para introducirse ocultamente en la referida ciudad de Guadalajara, á explorar el ánimo de los fieles y averiguar si era posible intentar una reacción, evacuó en muy pocos días, pero sin fruto, esta espinosa comisión; y convencido Cruz de la inutilidad de sus esfuerzos, se dirigió hacia las provincias internas, recogiendo á su paso por la de Zacatecas dos compañías del batallón ligero expedicionario de Barcelona, mandadas por el benemérito coronel D. José Ruiz, con cuya tropa y con 50 hombres, que fueron los únicos que dejaron de desertarse de la primera división reunida en Jalostotitlan, llegó á Durango después de una marcha de más de 100 leguas, en cuya ciudad halló seis compañías de Zamora que la guarnecían.

Estando reunidos en el Ayuntamiento todos los individuos que componían este cuerpo, el gobernador García Conde y varios jefes militares y civiles para tratar de medidas de salud pública, se trasladaron por el pueblo en la noche del 25 de Julio noticias de la aproximación de los rebeldes; y creyendo los partidarios que se hallaban en esta misma plaza hacerse célebres en los anales de la revolución si con un anticipado pronunciamiento lograban derribar la autoridad real, se diseminaron por las calles en numerosos grupos proclamando la independencia y profiriendo voces de odio y execración contra los españoles. El valiente Zamora, que se hallaba asimismo en el Ayuntamiento, cogió 8 hombres de los 15 que habían sido colocados de guardia; y puesto á la cabeza de tan corto número de valientes, se arrojó con furia sobre las

desenfrenadas masas, las llenó de terror, las obligó á retirarse á sus casas, y quedó muy pronto restablecida la tranquilidad, habiendo podido entonces los congregados en el Ayuntamiento discutir sosegadamente los planes de defensa.

Se decretó ésta con efecto, y se hicieron vigorosos preparativos para recibir al orgulloso enemigo, que muy pronto se presentó contra aquella ciudad. La poca tropa que la guarnecía hizo prodigiosos esfuerzos bajo la dirección de los dos citados coroneles Ruiz y Zamora. El enemigo conoció desde sus primeros ataques la necesidad de estrechar un sitio formal para triunfar de unos militares dotados de tan terco y desesperado valor.

Había ya colocado aquél su artillería en puntos ventajosos, desde donde causaba los mayores quebrantos á las tropas del Rey: la posición de éstas sólo se podía mejorar apoderándose de un torreón que dominaba los citados puntos. El denodado Zamora se dirigió con algunos soldados taladrando casas, saltando patios y azoteas y llegó á apoderarse por sorpresa de dicho torreón, desde donde dirigió un fuego tan acertado sobre los sitiadores, que desbarató por entonces todos sus planes; mas estos rasgos de valentía y arrojo no eran suficientes para asegurar el triunfo sobre enemigos tan poderosos, apoyados por todos los elementos guerreros y por la misma opinión.

Cansados ya éstos de la tardanza que experimentaban sus armas en rendir aquella ciudad, le dieron un ataque general en el día 30 de Agosto, que duró desde el amanecer hasta las ocho de la noche, habiendo obtenido por resultado de su temeridad un gran destrozo en muertos y heridos, y entre estos últimos el mismo general insurgente, y el vergonzoso malogro de sus tentativas, que se estrellaron todas en los pechos de bronce de los defensores, dignos por cierto de una suerte más feliz que la que les estaba preparada. Cuando se entregaban estos esforzados militares á la satisfacción que era propia por tan bizarra defensa, recibieron las comunicaciones y pro-

clamas del general O'Donojú, que ya á este tiempo había llegado á Nueva España y había suscrito á la venta de aquellos dominios.

Ya desde este momento se introdujo el mayor desaliento, y en algunos la desesperación bajo las más tristes formas: entre estos últimos se contó el pundonoroso coronel Zamora, quien deseoso de sacrificarse en las aras de la monarquía española antes que presenciar un desacato tan horrible al nombre español, salió de los parapetos y presentó impávidamente su pecho á los tiros de la artillería que estaba situada á doscientos pasos de distancia; pero la fortuna se empeñó en salvar esta noble víctima para que en momentos menos aciagos pudiera su patria sacar brillantes ventajas de tanta decisión y fidelidad. Fué vuelto dicho Zamora á sus trincheras, y se estipuló á su consecuencia una honrosa capitulación, que abrió el paso á aquellos esforzados militares para retirarse á la capital del reino á incorporarse con las demás tropas que conservaban todavía las armas en la mano (1).

Ya á fines de Junio ofrecía el virreinato de México la más triste perspectiva: todos los esfuerzos del virrey y demás autoridades habían sido ineficaces para contener el extravío de la opinión; no se oía más que defección de unos, rendición de otros y levantamiento general de pueblos y provincias. En medio de aquel general desconcierto parece que debiera haberse conservado el camino desde México á Veracruz; y reconcentradas las tropas realistas en este último punto, en Jalapa, Perote, Puebla y aun en las villas de Córdoba y Orizaba, haberse sostenido algún tiempo hasta el arribo de nuevos refuerzos; pero la ninguna esperanza de que éstos llegasen mientras que estuviese regida la España por la forma de gobierno que había sido planteada en Marzo del año anterior, los

(1) Fué tan grande la complicación de los sucesos en esta funesta época, que no es fácil seguir un orden riguroso en su narración, porque de querer sujetar los conceptos á este invariable método, sería preciso truncar algunos puntos sin haberlos dilucidado suficientemente.

reveses que ya habían sufrido nuestras armas en varios puntos de los designados, á impulso del desertor Santana, de los indultados Bravo, Herrera y Osorno, del indomable Guadalupe Victoria, que también había salido de sus barrancas, en las que había estado metido por espacio de dos años, y otras causas que tal vez habrían podido remediarse en sus principios si no se hubiera llamado á México al batallón de Castilla, que era tan necesario para conservar la tranquilidad en aquellos puntos, dieron ya un carácter de imposibilidad á este primitivo plan, é hicieron más crítica la posición del gobierno.

Como generalmente sucede que en momentos de desgracias se designa como causante de ellas á la primera autoridad, empezó á ser el virrey Apodaca el blanco de los tiros de la maledicencia, y se principiaron asimismo á concebir planes para derribarle de su encumbrado puesto. Una porción de oficiales de los más bulliciosos formaron sus reuniones, con el objeto de desacreditar dicho jefe; y como paso preliminar que allanase la ejecución de sus proyectos, estaban recogiendo firmas para dirigirle una representación, á fin de que se instalase una Junta de guerra, en la que tuviesen entrada los subalternos, quienes podrían ayudar con sus luces á sostener la decaída opinión, cuando el general Liñán dió los avisos oportunos de estos planes subversivos, los que se cortaron oportunamente con la prisión del oficial que más parte había tenido en aquella reprehensible maniobra.

Empero estaba ya la trama muy adelantada, y no fué posible sofocarla. Los mismos oficiales que habían principiado los expresados manejos, hicieron la explosión entre ocho y nueve de la noche del 5 de Julio. Puestos por ellos sobre las armas los regimientos de Ordenes y Castilla, y el escuadrón de la Integridad, ocuparon todas las avenidas del palacio. de cuya puerta se apoderaron asimismo con el apoyo de la guardia de realistas y de dos compañías de Marina, á las que estaba confiada la seguridad del digno virrey. Los jefes de dichos cuerpos, que

fueron enviados para contener aquel alboroto, vieron desobedecida y atropellada su autoridad. El regimiento del Infante, que se hallaba en Lerma, á doce leguas de la capital, abandonó al coronel de Fernando VII, D. Angel Díaz del Castillo, que mandaba aquel distrito, y se puso en marcha con su teniente coronel, apostándose en la garita de San Cosme en la misma noche, para sostener la deposición, y, si era necesario, tomar la ciudadela á la fuerza.

En el momento de haber estallado esta aciaga sublevación, se hallaba congregada en palacio la Junta de guerra de que se ha hecho mención anteriormente; y habiéndose dispuesto que se preguntase á los amotinados cuál era el objeto de su rebeldía, manifestaron que el ejército, cuya voz habían usurpado, pedía la renuncia del virrey en uno de los subinspectores en quienes tenía más confianza para salvar la nave del Estado de tan tremenda borrasca.

Contestóles el ultrajado virrey con la mayor calma y compostura su ninguna repugnancia en dimitir el mando en tan apuradas circunstancias si no se hallase comprometido su honor, y si no conociese que esta decisión había de acarrear la inevitable y pronta ruina de aquellos dominios que el Rey había confiado á su celo. El general Liñán y los demás individuos de la Junta se esforzaron en afear aquel atentado, y en llamar al orden á los conjurados; mas todo fué en vano, y sus últimas intimaciones encerraban alarmantes amenazas á la seguridad del virrey, si no entregaba el mando en el acto al general Novella.

Habiendo tenido el brigadier Espinosa la feliz ocurrencia de proponerles que sería nombrado para mandar las armas dicho Novella, en quien habían manifestado tener más confianza, conservando el conde del Venadito las demás atribuciones de virrey y jefe político, por cuyo medio obtenían ellos su principal intento, y no se llegaba á efectuar el horrible desacato á la autoridad legítima, quedaron desconcertados los pretendidos órganos de las tro-

pas, y pidieron salir á consultarlas sobre este nuevo incidente; pero volvieron á poco rato, insistiendo en que sin demora abdicase el mando dicho virrey, firmando el documento que á este objeto llevaban escrito. Los términos indecorosos en que estaba concebido aquel papel irritaron de tal modo el ánimo del prudente y juicioso conde del Venadito, que lo hizo pedazos en su misma presencia, y escribió otro de su puño, por el que se hacía menos bochornosa aquella violenta tropelía, con la idea de evitar los males que pudiera producir en el público con menoscabo de su bien cimentada opinión.

Salieron los amotinados llenos de gozo por haber conseguido el fruto de sus maquinaciones, después de haber firmado otro documento que ponía á cubierto la persona de dicho virrey. Esta renuncia se presentó al público con todos los caracteres de espontánea en la gaceta de 7 de Julio, á fin de que no quedase entorpecido el curso de los negocios, ni recibiese el menor contraste la autoridad, aunque ilegítima, que había sido instalada en la persona del general Novella para representar al Soberano.

Repetidas veces hemos visto esta clase de violencias contra los primeros jefes del Estado, y constantemente hemos manifestado nuestra oposición á tamaños excesos, extendiéndonos más ó menos en su acriminación según las circunstancias que los habían precedido. Sensible nos es declarar en esta ocasión que no hallamos motivo alguno que haga excusable esta violenta tropelía; y aunque se quisiera convenir en que sus autores fueron arrebatados por un ardiente celo hacia la conservación de la autoridad real, siempre habría llevado aquel acto todos los caracteres de la ilegalidad é injusticia, y bajo este aspecto ha incurrido en el desagrado del Soberano español, al paso que el conde del Venadito ha recibido públicos testimonios del Real aprecio.

Si se perdieron, pues, los dominios de Nueva España en el año 1821, fué por el mismo irresistible curso de los sucesos, y por el general pronunciamiento de la opinión

por la independencia, al que no parecía posible oponer un dique que lo contuviera. Tal vez se habría podido sostener más tiempo el prestigio Real en aquellos países si hubiera sido enviada prontamente contra Itúrbide la división que se formó á las órdenes del general Liñán, ó bien sobre el bajío de Guanajuato, donde habría podido contener la defección de Bustamante, y el desbordamiento de la rebeldía; pero la facilidad con que todas las provincias se unieron á este ominoso sistema era el mejor comprobante de la predisposición de los ánimos á separarse de la España.

Ni era posible destruir aquel maléfico influjo mientras que subsistiese tan desairada la autoridad del Soberano en la Península á causa de la innoble revolución, fraguada por las tropas que habían sido reunidas en la isla de León para pasar al Nuevo Mundo á restablecer en todo su lustre y esplendor los derechos de la monarquía española.

El grito que dió Itúrbide en Iguala resonó por todas partes con el seductor aliciente de quebrantar las supuestas cadenas que les habían impuesto los españoles por el espacio de trescientos años; no habiéndose parado los mexicanos á considerar si les sería dable sustituir un gobierno que los hiciera más felices, se lanzaron gustosos á la empresa de la emancipación. En sus primeros transportes de arrebato y entusiasmo formaron causa común, y se empeñaron en sofocar hasta las más cordiales relaciones que los unían con sus hermanos los peninsulares si no estaban de acuerdo en su favorita causa.

La anomalía más extraña que se presenta con este motivo fueron los aplausos tributados por muchos indignos hijos del suelo español á las proclamas incendiarias y groseros insultos proferidos generalmente contra los titulados opresores de trescientos años, siendo precisamente de este número los mismos autores de tan infames libelos ó los propaladores de tan absurdas doctrinas.

Apenas cesó esta primera efervescencia, empezó el

encono de los partidos entre los mismos mexicanos, los acalorados debates en sus cámaras, la persecución de bandos, la guerra civil y la anarquía con todos sus horrores. Este suelo, el más feliz y opulento del Nuevo y aun del Antiguo Mundo, ha quedado reducido á un montón de escombros y ruinas, habiendo desaparecido de él la riqueza de las minas, la agricultura, el comercio y la seguridad personal. Si los innovadores hubieran previsto un desenlace tan fatal, no habrían manifestado ciertamente tanto entusiasmo por segundar los pérfidos impulsos del campeón Itúrbide.

Por la misma razón puede asegurarse que si el destino tiene decretados nuevos esfuerzos de los españoles para reponer la autoridad Real en aquellos dominios, no se repetirán escenas tan tristes y aflictivas. La experiencia de los quebrantos sufridos será la mejor muestra para la conducta sucesiva de aquellos pueblos.

La fragilidad humana llega á tal punto, que no se creen los males hasta que llegan á tocarse; la presunción y el orgullo nos hacen ver generalmente que somos capaces de sobrepujar en todas materias á nuestros mayores; el espíritu de innovación ha hecho terribles progresos en este siglo, y se necesitan, por lo tanto, lecciones prácticas de los escollos en que se estrellarán siempre el desvarío é inconsciencia de los entendimientos formados con las teorías de una vana é insubstancial filosofía.

Doloroso es, por cierto, que los tronos hayan sido estremecidos por este genio destructor; pero tal vez habrán ganado mucho en solidez y permanencia con tan repetidos escarmientos y costosos desengaños de los que han tratado de separarse de la senda trazada por el honor, por la conveniencia, por la justicia, por la sabiduría y por la larga experiencia. ¡Quiera Dios que sean éstos los últimos ensayos de los insensatos, que imbuidos en las superficiales ideas modernas, se han dejado arrebatar por la corriente de sus vicios, y que disfruten los Estados de la paz y felicidad que sólo es dada obedeciendo sumisa-

mente á los legítimos soberanos á quienes la Providencia ha confiado el dominio de los pueblos!

Empero volvamos á tomar el hilo de estos importantes sucesos. Apenas se encargó del mando el general Novella, dió las más enérgicas proclamas para comprometer á todos los habitantes de la capital en la defensa de la autoridad Real; resucitó los bandos y medidas adoptadas ya por el gobierno del conde del Venadito, llamando de nuevo al servicio activo á los militares retirados, promoviendo el alistamiento de todos los hombres útiles para las armas, influyendo para que el Ayuntamiento ofreciese cuantiosos premios á los que abandonasen las filas del disidente Itúrbide, interponiendo la mediación apostólica del ilustrísimo arzobispo para sostener la opinión, expidiendo reglamentos de policía adecuados á las circunstancias, conteniendo entre sus útiles disposiciones la de eximir de derechos de puertas á todos los comestibles que se introdujeran para el abasto de la ciudad, y valiéndose, finalmente, de cuantos recursos sugiere el más ardiente deseo del acierto para distinguir si era posible el principio de su gobierno con resultados favorables á la causa del Rey, que borrasen la mancha de la elección ó el viciado origen de su mando; mas eran demasiado opuestos y contradictorios los elementos que se le ofrecían para tan ardua empresa, y se malograron, por lo tanto, todos los impulsos de su firmeza y decisión.

La guarnición de Puebla, que fué uno de los puntos más firmes en la defensa, capituló en 27 de Julio, obligándose á entregar la ciudad en 1.º de Agosto. Aunque se había agitado con calor en la capital la cuestión de socorrer este punto interesante, cuyo retardo fué una de las causas alegadas por los enemigos del conde del Venadito para arrojarle del mando, no fueron más diligentes los nuevos gobernantes, pues que sólo después de un mes de haber conseguido el triunfo de su sublevación, movieron una columna de diez hombres, á las órdenes del coronel Concha, la que llegó á San Martín de Temesluca, distan-

te nueve leguas de Puebla, cuando ya había capitulado su escasa guarnición, reducida á unos 800 europeos, pues que todos los demás Cuerpos del país se habían desertado.

Algunos censuraron la poca firmeza del comandante general brigadier D. Ciriaco de Llano, de quien se esperaba que repitiese en esta ocasión los magníficos ejemplos que tenía dados de su bizarría y arrojo; otros quisieron manifestar que el disgusto recibido por la violenta deposición del virrey Apodaca, y la desconfianza de que los nuevos gobernantes pudieran salvar la nave del Estado con tan débiles remos, había embotado su anterior energía é irresistible valor; mas todos estos cargos no pasan de ser unas meras presunciones, que se desvanecen al examinar la critica posición de los negocios.

Tanto este jefe como el benemérito coronel D. Benito Armiñán, que era la segunda autoridad, extendieron la defensa de la plaza aún más allá de lo que prescribe el deber militar. Acosados por los sitiadores, sin recibir ni aun noticias de la capital, convinieron con éstos en entregarles aquella ciudad si veían confirmadas por dos oficiales de la confianza de los realistas las tristes noticias comunicadas por los disidentes acerca de la rendición de la mayor parte de las guarniciones del reino; y como hubieran vuelto, con efecto, dichos dos oficiales informando con certeza del desastroso estado de los negocios; no pareciendo, por otra parte, auxilio alguno de la capital, ni siendo posible sostenerse más tiempo con tan poca fuerza contra una población de 80.000 almas, en la que habían cundido considerablemente las ideas revolucionarias, ni mucho menos emprender la retirada careciendo de caballería, en cuya arma eran muy fuertes los sitiadores, hubieron de cumplir su promesa, quedando por este medio ilusorias las tardías medidas dictadas por el gobierno de la capital.

Mientras que Novella se ocupaba con infatigable celo en los medios de sostener su moribunda autoridad, tuvo

noticia de la llegada á Veracruz de D. Juan O'Donojú, nombrado capitán general y jefe político de aquellos reinos. Se le había dado dicha investidura en España apenas supo el gobierno constitucional, vigente en aquella época, esta nueva revolución, que ya desde el principio se presentó con los caracteres más alarmantes. Informado Itúrbide del desembarco de dicho O'Donojú, salió á la ligera á ponerse en comunicación con él, consiguió atraerlo á una entrevista en Córdoba, y celebraron ambos jefes con fecha de 27 de Agosto un tratado que tomó el nombre de la misma villa (1). Fundado este nuevo jefe en la crítica posición á que se veía reducido por hallarse todo el reino de Méjico en poder de los disidentes, sin que pudiera contar con más apoyo que con las cortas guarniciones del castillo de San Juan de Ulua, Veracruz, Perote, Acapulco y la capital, y aun ésta en poder de una autoridad intrusa; apoyado en los despachos que había dirigido al gobierno, apenas puso el pie en aquel continente, que fué en 31 de Julio, remitió otros con fecha de 13 de Septiembre por el conducto de dos comisionados, desenvolviendo los mismos principios, reducidos á manifestar la imposibilidad de sostener la autoridad Real contra el torrente de la opinión, que se empeñaba en probar se había pronunciado simultáneamente á favor de la independencia.

Aunque trató de pintar sus operaciones en dichos des-

(1) Los principales artículos de dicho tratado fueron el reconocimiento de aquellos dominios como imperio soberano é independiente; la designación de nuestro augusto Monarca ó de alguno de los serenísimos señores infantes para ocupar aquel trono con el título de emperador constitucional; la formación de una junta provisional gubernativa; la elección de una regencia de tres individuos para ejercer interinamente el Poder ejecutivo; la convocación de Cortes para formar su constitución; la inviolabilidad de las propiedades; la libertad para salir del país cuantos lo solicitasen con todos sus intereses, sin más traba que la de satisfacer los derechos de exportación, y la promesa de O'Donojú de que las tropas españolas evacuasen la capital mediante una honrosa capitulación.

pachos del modo más ingenioso con particular esfuerzo de que llevasen la convicción al ánimo de los gobernantes peninsulares, fueron altamente desaprobadas por el augusto Monarca español; y aun las mismas Cortes, con las que tenía las más estrechas relaciones de amistad y conformidad de ideas, estuvieron muy distantes de ver con agrado el descaro con que había traspasado los límites de sus facultades. Toda la nación oyó con horror tamaño exceso; y aunque salieron á la palestra algunos apologistas, nadie podrá negar los irreparables males que produjo aquella malhada transacción, por la que quedaron completamente paralizados los últimos medios de resistencia que todavía se ofrecía á los realistas, y fortalecida la causa de la independencia con la regia aunque usurpada sanción que le dió aquel indigno representante español.

Algunos días antes de haberse firmado por O'Donjú el tratado de Córdoba, las tropas del Rey, al mando del coronel D. Manuel de la Concha, habían dado inequívocas pruebas de su firmeza y decisión por sostener el honor de sus armas. Se hallaba situada el 19 de Agosto en Tacuba la vanguardia del ejército de operaciones, compuesta de los batallones del infante D. Carlos, Castilla, Ordenes, Murcia, Zaragoza, compañía de la Reina y de granaderos de Barcelona, y de los dragones del Rey, provincia! de México, de San Luis, Fieles de la misma ciudad, Príncipe y Sierragorda, urbanos de Toluca, Pachuca é Ixtlahuaca, realistas de Malinalco, Coatepec y Salto, compañía de Integros y de Tanepantla, cuya división, aunque formada de cuerpos en esqueleto y de partidas sueltas, ascendería á unos 3.000 hombres.

Presentado el enemigo con fuerzas muy superiores, rompió un vivo fuego de artillería y fusilería contra el primer cuerpo avanzado á las órdenes del sargento mayor de Castilla D. Francisco Buceli; el coronel Concha, que se hallaba con otros dos cuerpos en la villa de Tacubaya, acudió al auxilio del primero, y dirigió todos sus

conatos á rechazar á los rebeldes por el rumbo de Etzcapuzalco, al cual debió replegarse con las dos piezas que había presentado en el campo. Reforzado Concha con otros cuerpos se dirigió sobre dicho punto de Etzcapuzalco, que fué evacuado por los rebeldes tan pronto como vieron el continente marcial y la firmeza con que nuestras tropas caminaban contra ellos. Habiendo salido aquéllas en su persecución, llegaron hasta la hacienda de *Careaga*, en donde se hicieron firmes los contrarios favorecidos por su buena posición; y aunque los realistas se empeñaron en darles repetidas cargas con el mayor entusiasmo, hubieron de retirarse á Etzcapuzalco por haberseles inutilizado un cañón de á ocho sobre el que apoyaban sus operaciones.

Engreídos los insurgentes con este pequeño triunfo, atacaron á su vez las posiciones de los españoles, quienes habiéndose provisto de otro cañón de igual calibre que el primero, y dirigiendo sus fuegos con el mayor acierto, consiguieron rechazarlos; mas como hubiera recibido á este tiempo el coronel Concha noticias de la dirección de dos columnas de caballería enemiga sobre Tacuba, pasó á reforzar la corta guarnición que había en aquel punto, dejando á Buceli en Etzcapuzalco, quien terminó la acción á poco tiempo de haberse ausentado Concha, quedando nuestras tropas dueñas del campo.

Esta jornada, aunque brillante para los realistas por las ventajas conseguidas, así como por haber causado al enemigo pérdidas de consideración, y que hubieran podido ser todavía mayores con mejor orden y dirección de parte de los jefes, fué comprada sin embargo con el caro precio de 114 soldados de infantería entre muertos, heridos, extraviados y contusos, 7 de artillería y 42 de caballería; de cuyo descalabro se consolaron al considerar que aquella preciosa sangre, derramada con tanta gloria en el campo de la batalla, podía fecundar todavía los agostados campos de la fidelidad y del honor; pero estaba ya decretada la ruina de aquel estado, y no produjeron por lo

tanto el menor efecto los últimos esfuerzos de los leales en la batalla del 19.

Conociendo Novella que las transacciones de O'Donojú habían acabado de extraviar la opinión y de enfriar el ardor que todavía conservaban muchos realistas por secundar los impulsos de los que defendían la causa de la metrópoli; y convencido ya de que todo plan de ulterior resistencia no podía tener más resultado que la inútil efusión de la sangre de hombres decididos y valientes, cuyos manes habían de clamar contra su mal calculada obstinación y temerario empeño, se decidió á someterse á la autoridad de dicho O'Donojú, aunque estuviera muy distante de aprobar el reconocimiento que aquel jefe acababa de hacer de la independendencia mexicana.

Cediendo dicho O'Donojú á los planes de Itúrbide, admitió el puesto que le fué ofrecido en la junta provisional, se presentó con el referido jefe insurgente á las inmediateciones de la capital con la idea de ordenar la evacuación á las tropas del Rey y de allanar todo obstácuo para la entrada de los trigarantes. La entrega del mando la hizo Novella en manos de O'Donojú en 13 de Septiembre en la hacienda de la *Patera*, poco distante de dicha capital, desatendiendo los útiles consejos é instrucciones que se le habían dado en la junta directiva de la guerra, y haciendo una completa sumisión sin haber asegurado antes todas las ventajas que podían esperarse.

Parece que el nombre de O'Donojú le hizo caer las armas de las manos, y desde que llegó á conferenciar con este burlado general no tuvo acción para separarse de la carrera que aquél quiso trazarle. [Tal es el prestigio de una autoridad que se presenta con todos los caracteres de legitima ante otra que reconoce su origen de una conmovición militar! En el acto de informar Novella al público de haber entregado su mando al citado O'Donojú, dió á reconocer por jefe de las armas al general D. Pascual Liñán hasta que aquél hiciera su entrada en la capital; mas repugnando al pundonoroso Liñán el bochornoso trance de

mandar la salida de México á las valientes tropas, cargadas de cicatrices y heridas que habían recibido en once años de una lucha tan terca como constantemente gloriosa, hizo renuncia de su mando, del que se encargó el mismo O'Donojú aun antes de entrar en la referida ciudad.

Quisiéramos borrar de la memoria tan tristes y lamentables sucesos. Triunfó Itúrbide, aunque sin una degradante humillación para las armas de Castilla. Hubo, sin embargo, algunos jefes y oficiales que se cubrieron de ignominia abandonando las banderas á las que estaban ligados con solemnes juramentos y por su propio honor. Hubo asimismo algunos excesos de insubordinación y falta de respeto á las autoridades constituidas; hubo también defectos de tibieza y desconfianza; y los hubo finalmente como emanaciones de las ponzoñosas ideas que regían en la Península; pero la generalidad de los españoles se condujo con la delicadeza que es propia de sus elevados sentimientos.

Un conjunto de inesperados accidentes conducidos por la fatalidad y por lo adverso del destino les obligó á ceder al furor irresistible de la revolución; pero no llegaron á rendir las armas, pues que todos estipularon en sus capitulaciones respectivas la necesaria condición de conservarlas, y salieron por lo tanto del territorio mexicano con todos los honores de la guerra, habiendo sido mayor todavía la gloria de las tropas de la capital, las que, obedeciendo las órdenes de O'Donojú, pasaron á tomar nuevos cantones sin haber recibido la menor intimación de los trigarantes ni clase alguna de desdoro.

Verificada la solemne entrada de Itúrbide en México en 27 de Septiembre, cesó la resistencia de Acapulco, Perote y Veracruz, si bien en este último punto fué donde se hicieron los últimos esfuerzos por el digno general D. José Dávila, quien no pudiendo resistir más tiempo una lucha tan desigual con los disidentes y con el mismo O'Donojú, cuya autoridad no quiso reconocer desde que la vió menoscabada con sus ilegítimos manejos, hubo de

retirarse al castillo de San Juan de Ulua, en donde rechazó con heroísmo y firmeza las repetidas intimaciones que le dirigió el jefe de los imperiales valiéndose de los acostumbrados medios de una falsa lógica y de su no menos hipócrita lenguaje, al que había debido sus rápidos triunfos en la nueva carrera.

Las tropas españolas habían sido acantonadas en los puntos de Toluca, San Joaquín, Tacuba y Cuautitlan mientras que se disponía su embarque para la Península por los puntos de Campeche, Tampico, Tuspan y Alvarado. Seguían en el entretanto los disidentes celebrando la entrada triunfante de su héroe fantástico, y planteando el gobierno trigarante, cuando ocurrió la muerte de O'Donjú en el día 8 de Octubre con síntomas demasiado alarmantes para que los enemigos de Itúrbide no ejercitaran toda la fuerza de sus malignos tiros.

Tomó entonces el mando de aquellas tropas el general Liñán, quien solícito siempre por el honor y conveniencia del pabellón español, obtuvo de Itúrbide que en vez de llevarse á efecto el embarque por puntos tan distantes en que debían carecer necesariamente de los principales auxilios, se formasen dos divisiones, la primera de las cuales debería salir por el puerto de Veracruz en 14 de Enero de 1822, y la segunda dos días después.

Estaban ya tomadas las necesarias medidas para emprender las tropas aquel movimiento, cuando ocurrió uno de los lances más terribles que pueden ofrecerse para probar la entereza de un jefe militar idólatra de su honor y reputación, cuya relación quedará suspendida hasta la época de 1822, á la que pertenece.